

bién si se verá el uso que hacen estos latinos de los instrumentos culturales cosmopolitas como formas peculiares con las cuales imponer, ordenar o poseer.

¿Ha leído Quiñonez a Pablo Palacio y Humberto Salvador, o Alarcón a Vargas Llosa, Bryce Echenique e Isaac Goldemberg? En última instancia no importa, pero esas preguntas parecerían ser de rigor, o conveniente para algunos naturales que se han quedado en sus países para apoyar visiones nacionalistas de una «ecuatorianidad» o «peruanidad» secularmente indefinible. La no muy sutil reactivación estadounidense de los polos cosmopolitismo/indigenismo para nuestra literatura tiene poca razón más allá de lo rentable en ese país. Viéndolo bien, detrás de todo gran escritor hispanoamericano hay un indígena, en sentido lato. Vallejo en su momento peruano, Onetti, Rulfo, Monterroso y muchos otros se expresaron desde su terruño, pero no necesitaban ser telúricos para decir mucho al resto del mundo. Lezama Lima, Macedonio y Felisberto tampoco necesitaron salir de sus países para emitir mensajes «universales», así que la temática, si no la técnica de los narradores traducidos beneficia al gremio crítico y editorial, más que al desarrollo de una literatura que, a lo largo de su historia, muestra que cosmopolitismo e indigenismo se complementan. La pregunta generacional parecería ser si estos latinos han leído a sus congéneres que escriben en español. En la entrevista citada Quiñonez afirma «Cervantes no me dice nada», y es claro que el «otro» (los narradores naturales de su «generación») tampoco cabe en su latinidad o curiosidad.

Si es verdad que en momentos dados las obras de autores como Vargas Llosa y otros autores del *boom* han salido casi al mismo tiempo en español e inglés, las razones tenían que ver con las posibilidades de mantener la comercialización de autores probados e ilustres, no con presentar al público una apuesta basada en autores sin trayectoria. Es demasiado temprano para evaluar el valor de obras que Quiñonez y Alarcón publicaron respectivamente en 2004 y 2005, pero su aparición en el panorama es un indicio de hacia dónde quisieran ir las editoriales: al mismo lugar donde siempre se han quedado, es decir, presentando al autor hispanoamericano como buen salvaje, o escritor de buenas novelas de la selva, como dijo Edmund Wilson, aunque hoy la selva es urbana. Paradójicamente, y a diferencia de los narradores de su generación que escriben directamente en español, es cuando Quiñonez y Alarcón escriben sobre el amor que tienen más éxito. Si en algo se acercan a congéneres naturales como Xavier Velasco y Jorge Fran-

co, es en la mezcla no siempre feliz del urbanismo mágico y la sensibilidad política del realismo social.

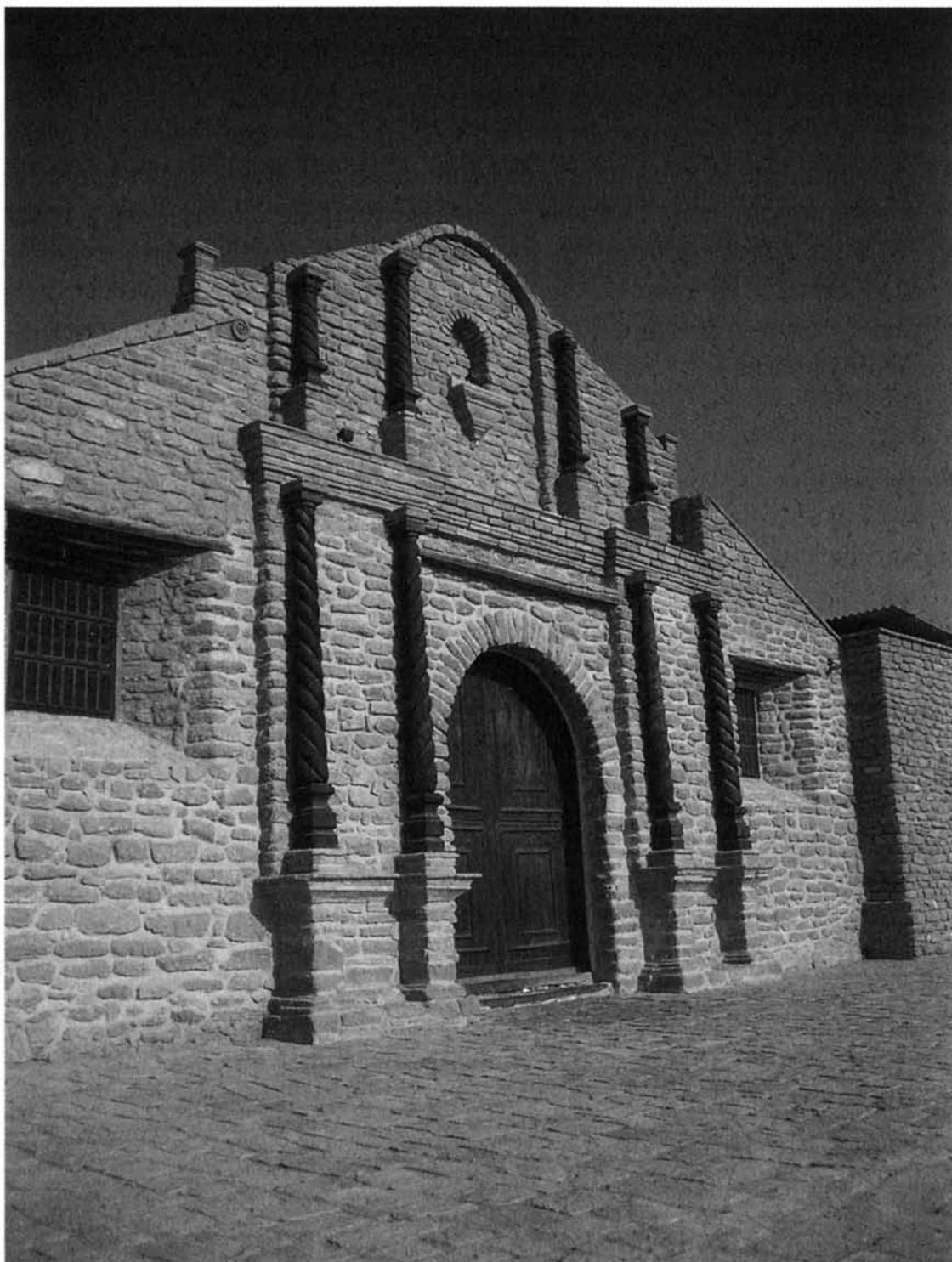
La errancia de los latinos traducidos está compaginada con el sentimentalismo de (o dirigido a) la izquierda anglosajona que hoy pertenece a la categoría de cursilería histórica, mientras que la de los narradores de entresiglo naturales es frecuentemente metafísica, al querer honrar la realidad, para abolirla buscando el lugar de la literatura en los espacios de pertenencia personal. Hay una trampa en ese desarrollo narrativo, en el sentido que los personajes son símbolos y nada más, y por ende fuentes de triunfalismos. Ese proceder podría ser el principio de un gesto moralizante y necesario, y también el comienzo de una tragedia en el desarrollo de la narrativa: el reciclaje de lo periclitado en obras escritas en español, desde hace más de medio siglo. Según una tesis primermundista reciente, una nueva literatura mundial debe dar crédito al impacto político de las tecnologías de la traducción en la definición de los lenguajes extranjeros, y reconocer la complejidad de las políticas lingüísticas. Pero el tercer mundo todavía sigue clamando una buena traducción, sin el andamiaje en que han invertido las editoriales que publican a Quiñonez y Alarcón. Es lo que necesitan varios autores hispanoamericanos, jóvenes o no, no los exegetas que apoyan toda conversión que aumenta el mercado.

Si la nueva narrativa hispanoamericana se apegó de manera perversamente errante al desarrollo sociopolítico del continente, es decir al proteccionismo ideológico de los sesenta, la disciplina de las dictaduras de los setenta, la austeridad de los ochenta, o a la privatización de los noventa, la actual sabe que cada una de esas vertientes terminó decepcionando, lo cual hace que sus desafíos sean mayores. Dudo que la «traducción» cultural que he examinado sea una respuesta, porque no todo programa estético puede cruzar fronteras, peor abolirlas. Si otros nuevos narradores ya han calculado las pérdidas y ganancias de la controvertida postmodernidad, los narradores latinos traducidos, al estar fuera del continente (y paradójicamente en el centro de la fuente de una postmodernidad hegemónica) no parecen preocuparse de aquella afición en la literatura. Tampoco tratan de valorar las implicaciones de sostener un discurso apegado a tendencias localistas, igualmente superadas por la mayoría de su generación. Positivamente, ese desencuentro generacional permite cuestionar las teorías de la influencia tan de moda en Occidente, las de Bloom por ejemplo, porque estos narradores muestran que se pueden desplazar las fuentes de la producción

literaria de sus circunstancias ideológicas y culturales específicas, y que se las puede complicar en otros lados. Positivamente, Quiñonez y Alarcón postergan el provincianismo de ver las literaturas de sus países de origen en términos de «sierra y costa», y apuntan al nuevo andino que anda por el mundo, sin dejar de serlo. No obstante, la verdadera revolución de estos narradores no dependerá de aliarse (aun a pesar de sí) a los deseos editoriales, lo sabemos y no descubrimos la pólvora al reiterarlo. Al estar así las cosas, tal vez los autores actuales tengan que volver a leer a sus precursores y maestros, como personas en vez de narradores.

## Referencias

- ALARCÓN, Daniel, *Guerra en la penumbra: cuentos*. Trad. Julio Paredes Castro y Renato Alarcón. Nueva York: Rayo/Harper Collins, 2005.
- APPIAH, Kwame Anthony, «The case for contamination». *New York Times Magazine*. 1ero. de enero de 2006. 30-37, 52.
- ARMADA, Alfonso, «Ernesto Quiñonez: “Necesitamos intelectuales latinos”». *ABC Cultural* 538 (18-5-2002). 10-11.
- CORRAL, Wilfrido H., «Carta de Estados Unidos: Los comisarios lingüísticos estadounidenses y el bilingüismo.» *Cuadernos Hispanoamericanos* 647 (Mayo 2004). 117-123.
- QUIÑONEZ, Ernesto, *El fuego de Changó. Una novela*. Trad. Julio Paredes Castro. Nueva York: Rayo/Harper Collins, 2004.
- SHORRIS, Earl, «In search of the latino writer». *The New York Times Book Review*. 15 de julio de 1990. 1, 27-29.
- VILLORO, Juan, «El juego de la identidades cruzadas». *Cuadernos de la Cátedra de las Américas* N° 1. Barcelona: Institut Català de Cooperació Iberoamericana, 2004. 65-81.



Iglesia de San Lucas. Colán